

Infante con sorte

Luis Alfonso Iglesias Huelga

EJERCER el noble oficio de infante consorte no tendría que ser muy complicado: puedes desayunar como un infante, comer como un príncipe y cenar como un rey y además pagan ellos, es decir, nosotros. Para las actividades diarias acostumbran a darte las frases hechas: “me llena de orgullo y satisfacción”, si se trata de inauguraciones o “en estas fechas tan señaladas”, en el caso que haya que referirse a las efemérides.

Cuenta Xurdo Souto, músico y escritor gallego, que hace años salieron en bus unos chavales a ver un partido del Depor en Madrid. Al llegar a Astorga, callaron todos: les desconcertaba la horizontalidad infinita de la meseta. Tras cien kilómetros mudos, un veterano sentenció: “Flipa, neno, ¡aquí todo el día hay marea baja!”. Eso es lo que debió pensar nuestro infante consorte a los pocos días de serlo, que todo era marea baja en la infinitud mesetaria de su nueva condición.

Pero ahora todo es real, más de realidad que de realeza, como parecen indicar las oscuras gafas que lleva el Rey, a consecuencia de un real golpe, que no le permite ver con claridad lo que ocurre a su alrededor.

Como el término infante posee un significado que se corresponde perfectamente con quien lo ejerce, convendría, de todos modos, echar un vistazo al diccionario y buscar el término “consorte”. Una de las acepciones que en él se reflejan seguro que no les llena de orgullo y satisfacción en estas fechas tan señaladas, porque hace referencia a “los que juntamente son responsables de un delito”. Siempre, por supuesto, desde la presunción de inocencia, sobradamente acreditada en este caso, en su sentido más figurado.